

## Barcovarado...



**O**bscurece. Más lento que otras veces.

Tras la ventana enorme, el cielo hecho carbón, compite con ese negro futuro que parece aguardarme. Hecho un prisionero sumiso, acorralado en una cama de hospital. Prisionero mudo del dolor. Prisionero de una angustia transparente. Mientras que un frasco de suero se enarbola en el costado enemigo de mi cama, proclamando que he rendido todos mis orgullos.

- *Lo internamos, pero solo para aliviarle su dolor...* - le han advertido a mi familia, creyendo que yo, no los escuchaba. - *De esta noche, seguro que no pasa...* - remarcó mi sentencia el galeno a la distancia, creyéndose alejado de mi cama, clavándole la espada de la cruel verdad a mi familia, en esa larga soledad de los pasillos largos de hospital. ¿Creerá que no lo escucho? ¡Obtuso, obtuso y obtuso! ¡¿No se da cuenta que sí, que lo escucho?! ¡Y vaya que lo escucho! Escucho más que nunca. Me hablan sin palabras, los médicos y las enfermeras. Me hablan con sus silencios, sus miradas, sus gestos, con el cambio de tono de sus voces, con el no hacer de aquellos que otras veces, los he visto hacer y hacer. Me hablan a los gritos sin gritar, sin palabras. Todos. El universo entero, me grita que agonizo. Que solo en pocas horas más, deberé partir...

¿Qué habrá, más allá de este sufrir? ¿Alguien me estará esperando, camino al más allá? ¿Por qué entonces este rencor hacia mi médico, si tan solo es el mensajero de un mundo de hospital, encargado de poner ante mi cuerpo, el alivio, en formas de remedios? La pena me agobia, de pie sobre mis hombros. Y me roe, por dentro de mi abdomen. Hoy, me duele la vida...

Le dijeron a mi familia todo eso y mucho más. Me desahuciaron, condenado a morir, igual que ese día en que fui condenado a nacer... Todo estaba definido, claro y preciso. Condenado. Condenado a nacer y condenado a morir. Sin mi permiso. Pero algo paso... que alteró todo.

Entró a la habitación un grupo de médicos muy jóvenes, que enarbolando sus bisturíes y jeringas, sus tubos y sueros de mil variadas formas y colores, se empecinaron en extenderme la vida, mucho más allá de cualquier posibilidad lógica... Pasaron en tropel, como para demostrar una vez más, que mientras los médicos viejos dejan morir a sus pacientes, los médicos jóvenes, los matan.

Y ya llevo dos días en este “que va y que viene”, entre la vida y lo que sea. Como si la vida no se atreviera a rechazarme y la muerte, no terminara aun de aceptarme entre los suyos.

Este vivir muriendo, me resulta una ridícula caricatura del vivir. Sufro sin esperanzas, mientras la muerte y el morir, no terminan de entenderse, como siempre. ¿No será que el respetar o el empeñarse en mantener la vida a ultranza, puede terminar acabando en un trato inhumano y sin sentido? Creo que sí... Me duele demasiado el ser y el no ser, al mismo tiempo.

Quedé meditando cabizbajo y danzando ingrátido en el éter de cualquier cosa que se mueve, semejante a un sopor casi indoloro. Como rememorando y asistiendo pasivo, a todo lo que me había ocurrido, desde el primer instante en que me internaron.

Así estaba navegando, en ese ser sin ser, en ese estar sin estar, cuando algo me llevó a mirar en la pared verde musgosa, que tenía ubicada a la izquierda de mi cama. Ahí fue cuando observé una puerta que nunca antes la había visto, casi al lado de la que usaban todos, para ingresar a mi habitación.

Lo que vi, creo que solo podía tener un nombre y no otro: fantasma. Era algo demasiado raro, que pareció atravesar las paredes que daban al pasillo; apareció y desapareció por esa puerta fantasmal, que se abrió y cerró por varias veces, mientras la puerta real, permanecía cerrada... Era un ser dorado, especial, confundido entre seres angelicales que parecían rodearlo con sus velos interminables. En uno de sus tantos ingresos a la habitación, lo vi avanzar resuelto hacia mí. Parecía muy sólido; se reflejaba en el espejo que estaba un poco antes del baño y producía un ruido reverberante de tacos al caminar, sincronizado con el movimiento de sus pesados pasos. Daba la impresión de ser tan real como cualquier otra persona viviente, aunque me pareció que su presencia cada vez que aparecía, era transitoria, fugaz y tan solo por unos momentos. Su enigmático aspecto, me provocó una súbita y horripilante sensación de frío. Tuve ganas de tirarle con algo, pero no podía alcanzar nada a causa de mi debilidad y de los molestos tubos, que me conectaban a la vida, con vomitivos y largos tentáculos (los cuales no sé, si me daban o me quitaban algo).

- *Estoy delirando...* - fue la lógica y angustiante conclusión, ante semejantes visiones - *¿será ahora el final..., justo ahora que empiezo a sentirme bien...?* - pero me animé y lo increpé sin miedos - *Perdón, pero... ¿a quien está buscando usted?...*
- *A un tal... Gilberto Muzzupappa, varón de 59 años y con un cáncer a cuestas. Debería estar en esta cama, pero no lo veo...* - y señaló con su huesudo índice bien extendido, a mi escuálida anatomía, oculta y temblando como una gelatina, bajo las blancas sábanas
- *Si..., soy..., yo. ¡Soy yo!*
- *¡¿Pero...?! - el gesto de sorpresa fantasmagórica, le dio un aspecto algo menos tenebroso al increíble espectro, aunque seguía siendo algo demasiado inquietante.*
- *Y, si...* - dije luego de un profundo suspiro - *Pasa que... bueno, me agarró un pelotón de médicos jóvenes y muy entusiastas. No estaba previsto... No pude hacer nada. Se lo juro. Tubo va, tubo viene... Jeringazo de aquí, jeringazo de allá... Y bueno. La verdad es que me siento mucho mejor...*
- *¡Qué desperdicio! ¡Desperdiciar de esta manera, una vida!* - mordisqueaba las palabras como en un eco inacabable, mientras iba y venía muy nerviosa, a los pies de mi cama, como buscando explicar el enigma de una vida que se extendía, mucho más allá de lo previsto.

- *¿Lo dice... por todo lo que fumé, no? ¿O por la bebida?*
- *Lo digo por que te vengo a llevar... Sí o sí. ¿Entendiste...?* - se detuvo en seco e hizo ademán de agarrarme de un tobillo. Pero fui muy rápido de reflejos y alcancé a retirarle el pie...
- *¡Pará! ¡Pará la mano, muerte puta...!*
- *¡Epa, Epa! ¡Qué me está faltando el respeto...!* - cada vez se sorprendía más, de cómo la trataba, denigrándola y sin miedo. Ella me rebajaba con el “tuteo” y me distanciaba, con el “usted”
- *Y bueno... Si todavía no estoy preparado para saltar al otro lado, déjeme en paz. O que quiere ¿transformarme en un alma en pena?*
- *¿Y que problema hay en morirse?* - se sonrió con ferocidad, mientras se encogía de hombros y parecía cubrirse con su negra y dorada capa.
- *¡El sufrimiento...! Nada más y nada menos que el sufrimiento.*
- *¡¿El sufrimiento?! Imposible huir del sufrimiento, eso es ley para cualquier mortal. O sufrís por morirte joven, o te morís de viejo, sufriendo la muerte de cada uno de tus allegados... - sentí claramente el crujir de sus huesos, al elevar sus hombros, mientras hacía el clásico gesto del “no me importa”, mientras me seguía vomitando en la cara, su verdad irreversible.*

Miró las rayas de mi corazón en el monitor de lata y vidrio, observó con atención mis pupilas y constató la temperatura de mi piel. Parecía un aburrido médico. - *ya vuelvo... no te muevas* - y desapareció, dejándome solo, respirando su perfume de miedo y de misterio.

¿A quien contarle todo esto... que solo yo, lo había visto? ¿Al cura? ¿Al médico? ¿Al psicólogo? ¿A la enfermera...? - *Se reirán, se burlaran de mí y me tomaran por un pobre y perdido loco. Nadie me tomará en serio... - ¿Contarle a mi familia? - Dirán que mejor me muera, antes de que me quede para siempre así...*

Obscurece. Más lento que otras veces. Tras la ventana enorme, el cielo hecho carbón, compite con ese negro futuro que parece aguardarme. Hecho un prisionero sumiso, acorralado en una cama de hospital. Prisionero mudo del dolor. Prisionero de una angustia transparente - *¡Prisionero de la muerte...!* - grito, aúllo, bramo y rujo. Solo me responde el monitor, con su pitido agónico, con su ritmo de trompeta que nunca termina de empezar, y nunca de extinguirse.

Todos llegamos a esto. Todos. Sabios y necios. Ricos y pobres. Viejos y jóvenes. Todos, nos igualamos en esta profunda ignorancia del no saber lo que es la muerte. Y quizá eso, sea lo que nos da pavora.

Pasajero de la luna, las estrellas y del viento que se esconde entre las nubes. Fantasma augusto de mi mismo, que algún médico me inventó al conocer con su moderna ciencia, la forma de burlarse de la muerte. Que quiero en mi futuro, me pregunto. Un whisky en la mano y un cigarrillo entre mis dedos, que apenas logran calmarme por un rato, en mi desesperación hasta que encuentro la respuesta - *Quiero ser libre...* - ¿Pero de donde salieron el whisky y el tabaco? - *De esta imaginación florida, que nunca morirá aunque yo me muera.*

- *¿Donde esta la muerte...? ¿Donde esta la muerte...?* - aguzo el oído ante una vieja

canción que me da pánico, mientras atravieso su historia al escucharla. Obscena la muerte, que se desnudó ante mí, sin develarme para nada su secreto.

- *Yo también la vi...* - me dice en un susurro, mi compañero triste de habitación de hospital de caridad. Tiene Sida y esta muy mal, pues encontró la muerte entre las carnes de la sexualidad. Antes temíamos encontrarnos con la vida, al dejarnos devorar por lo sexual. Hoy, tememos a la muerte... - *Y no tenía ningún derecho de agarrarte del tobillo, el "coso" ese... ¿Por qué no le tiraste unos pesos? Una coima, ¿sabés...? El flaco ese, tiene cara de esperpento. Proba. Haceme caso, a lo mejor afloja y te deja de joder...*

Es cierto. ¿Por qué tengo que esperarla yo a la muerte? En su barca se aleja, para no perder su tiempo de reloj de arena, en casos como el mío. Ella puede esperar... pero yo, la seguiré esperando con temor de niño. Debería no pensar en ella, pero el olvido se frota veleidoso contra mí y lame sin pausas, mis heridas más amargas. La tierra se ha vuelto rojo carmesí y el cielo, quedo pintado en un raro verde púrpura. Memoria insondable que se hunde entre historias oscuras y siniestras. Humedad otoñal en el crepúsculo. Devenir de madrugadas, regresando siempre a este presente de pasados.

Soy un ser muy débil, ligado al tiempo, a la vida y a la muerte. Una enfermera silenciosa, se acerca y me mira extrañada cuando le pido una píldora de color rojo. No entiende, que quiero dejarme caer en el pozo del conejo, del cuento de Alicia en el país de la Maravillas.

De golpe me siento muy pesado, abotagado. Siento el rugir potente de las olas frenéticas que se abaten sobre mí, una tras otra y sin parar. Un leve bamboleo de mi cama, danza al unísono de cada ola que se estrella y estalla en mil pedazos, en mi costado herido. Rugidos que atemorizan y ensordecen. Pareciera que el mismo Neptuno quisiera estrangularme. El sabor salado de ese mar interminable, se suma a mi martirio escandaloso. Tras la neblina gris, diviso algo parecido al horizonte. Y más acá, diviso a esta playa de amarillos y de grises, que sube y baja en cada ola, cuando el mar se derrama apasionado sobre ella.

Soy un barco. Soy un barco varado. Barco varado, olvidado por todos. Barco varado, vergüenza de su capitán. Ni en el agua, ni en la tierra, ni en la vida, ni en la muerte. Igual que yo, en esta agonía eterna. Ni siquiera estoy hundido, ni siquiera floto. Hundido, quizá hubiese pasado con la gloria de los hombres, a formar parte de la historia grande. Varado sobre esta prosaica playa, solo soy una historia inconclusa. Sin final, mientras espero que el oxido se apiade y se encargue de llevarme...

- *¡Qué rara la piel de este cadáver...! ¡Parece óxido!* - concluyó una médica, mientras se miraba el dedo índice, al cual lo había pasado suavemente por la piel de lo que fuera mi cuerpo...

Obscurece. Más lento que otras veces.

*... Fin...*